



Carlos y Aitor se casaron el 5 de junio y viven juntos en el barrio de Judimendi. FOTOS: IGOR AIZPURI

Un amor sin barreras

Carlos y Aitor, Ana y Juan Hace cinco años que cambió la ley y ya no existe ningún impedimento para el matrimonio entre discapacitados



ANDER CARAZO

Todos conocen la historia de amor entre Mari Luz y Antonio. Ella nació en una fría sala de hospital y cuando vio la luz, su frente se quebró como el cristal porque se le escurrió a su padre entre los dedos como si fuera un pez. Él llegó al mundo de pie y su progenitor directamente pensó que aquello era un castigo del Señor, por lo que siendo un niño lo internó. Al menos, así lo cantó Víctor Manuel en 'Sólo pienso en ti' y aseguraba que tras verles juntos de la mano por el jardín pensó que «no puede haber nadie en este mundo tan feliz». Detrás de este 'hit' de 1978 que salvó la carrera del asturiano hay una historia real. Son dos vecinos de Cabra (Córdoba), que llevan 44 años casados e incluso han tenido tres hijos. Su discapacidad intelectual nunca fue una barrera para su amor, aunque necesitaron del visto bueno para el intercambio de anillos.

Hace cinco años que se cambió la ley y ya no es obligatorio presentar un dictamen médico para celebrar una boda entre personas con discapacidad. El único filtro, al igual que para el resto de la sociedad, es responder positivamente a la pregunta de «¿estáis seguros?» que, por si acaso, siempre realizan los sacer-

dotes, concejales y demás cargos que legalmente pueden celebrar enlaces matrimoniales.

Carlos Rueda (41 años) y Aitor Cuesta (44) se casaron el 5 junio en las oficinas que el Gobierno vasco tiene entre las calles Samaniego y Cercas Bajas, a escasos metros de Apdema, la asociación de personas

con discapacidad intelectual que vertebra gran parte de su vida. Era el paso «lógico» tras 17 años de noviazgo y cuatro de convivencia juntos. «Eso último fue la prueba de fuego, donde empiezas a descubrir lo bueno, y no tan bueno, de tu pareja. Y la verdad es que con Aitor, todo es una maravilla», afirma Car-

los, aunque a primera vista parecen completamente distintos.

A la ceremonia acudieron sus padres y su familia más cercana. ¿Qué opinaron ellos? «Lo entendieron desde el 'minuto cero'. No hemos tenido ningún problema. En todo momento contamos con su apoyo», comentan.

Bastante más complicado lo tuvieron Ana Sopalacio (78 años) y Juan Vázquez (72). Ellos se dieron el 'sí, quiero' en el Ayuntamiento de Vitoria hace un cuarto de siglo en una ceremonia civil. Ella siempre había querido casarse y más tras conocer a Juan, con cuyo carácter encaja como dos piezas de puzzle contiguas, así se lo transmitió a Ignacio Loza, entonces director gerente de Apdema y su tutor, que removió cielo y tierra para cumplir con sus deseos. Hubo notables suspicacias en sus respectivos entornos y, por si acaso aquello fuese un arrebato, se realizó un acuerdo prematrimonial. Aquellos agoreros fallaron de manera clamorosa porque acababan de celebrar sus bodas de plata y se siguen queriendo mucho. «Como la trucha al trucho», remata Ana mientras pasa las hojas del álbum que les hizo el fotógrafo Patxi Aznar para recordar aquel día de 2001.

Estos septuagenarios no fueron los primeros, pero sí que son el ejemplo más claro de que la discapacidad no es una barrera para amar. En Apdema ha habido otros matrimonios, algunos de los cuales han acabado en divorcio y otros incluso han tenido hijos. En Down Araba-Isabel Orbe también hay parejas, aunque

ninguna ha querido pasar por ella. Entre nuestros socios no hay nadie casado, pero conocemos casos de otras comunidades donde sí los hay», comenta Yolanda Sanz, coordinadora de la asociación.

Carlos y Aitor hablan de que ellos se han tenido que enfrentar a una doble barrera: padecer una discapacidad intelectual y ser homosexuales. Pero eso han generado una coraza por la que les «resbala» cualquier clase de prejuicio. «Puede que nuestra discapacidad pase inadvertida, pero en la vida nos hemos encontrado con cientos de barreras y obstáculos», añaden. Ellos residen ahora en un piso supervisado del Instituto Foral de Bienestar Social (IFBS). ¿Qué es eso? «Compartimos casa con una compañera y vienen cuatro educadoras durante determinadas horas, charlamos con ellas o nos ayudan a hacer cosas», comentan.

Subrayan que son «muy autónomos». Entre ambos se reparten las labores de la casa y preparan la comida, «aunque alguna vez cae un táper». Carlos trabaja como ayudante de administración en BH desde hace 15 años y su flamante esposo, en la cadena de montaje que la empresa foral Indesa tiene en Betoño.

Costumbres

Ana y Juan empiezan a arrastrar «ciertos achaques» de la edad, aunque llevan casi tres lustros jubilados. Ella trabajaba limpiando la residencia de Txagorritxu y él hacía lo propio de noche en el centro cívico de Judimendi. Fueron muchos



Juan y Ana sujetan el álbum con sus fotos de boda en su casa del barrio de Pilar.

años y aquellas costumbres aún siguen presentes en su día a día. A primera hora de la mañana bajan juntos a desayunar un café en una panadería del barrio de El Pilar y después, él sube a casa a echarse una siesta como si hubiese estado toda la noche trabajando antes de ir a comer al Bizan de Lakua. Arraiga su uña y carne. Ella ha tenido que someterse en varias ocasiones a distintas operaciones y cada vez que la hospitalizaban él se conver-

«Nos hemos casado para contar con derechos. A todo el mundo, con o sin discapacidad, se le debe permitir dar este paso»

tía en un manojo de nervios. Ambos son conscientes de que en el momento en que falte uno de los dos, no les quedará otra que irse a

una residencia o compartir piso con desconocidos.

¿Alguna vez han pensado en tener hijos como los protagonistas de la canción de Víctor Manuel? «A Juan le gustan mucho los niños pero a mí sólo los perros, los gatos y los ponis», responde Ana. «Llevo 17 años quitándoles de la cabeza la idea de tener un animal porque luego no podrían irse de vacaciones», comenta Maite, su persona de apoyo de Apdema.

En la nevera hay multitud de imanes algunos por partida doble de Sitges, Lloret de Mar, Bunyana, Salou, Peñíscola o Salamanca. «Antes viajaban con el Imsero, pero en cuanto conocían el entorno se dedicaban a hacer un circuito entre el hotel, la farmacia, la tienda de souvenirs y la cafetería. Traían recuerdos para toda la familia. Ahora acuden junto a otras personas de la asociación a hacer excursiones de un solo día. Por ejemplo, se lo pasaron muy bien en el museo de títeres de Tolosa», explica la monitora que les acompaña en la gestión del hogar, mientras que cuentan con un servicio de ayuda a domicilio (SAD) para el aseo y la limpieza doméstica.

Carlos y Aitor no conocen a Ana y Juan, pero son conscientes de que les abrieron el camino para que ahora no sean noticia un matrimonio entre personas con discapacidad intelectual. «Somos muy afortunados porque otras nos han abierto el camino para que nosotros ahora podamos dar ese paso. Nos hemos casado para contar con unos derechos y oficializar que estamos enamorados. A todo el mundo, con o sin discapacidad, se le debe permitir dar este paso», comenta. El camino, eso sí, no termina aquí. «Nuestro colectivo aún se encuentra con muchos problemas para acceder a un empleo, a una vivienda o simplemente ser tratados como el resto. Es cierto que se ha avanzado muchísimo en los últimos años, pero ahora toca seguir dando pasos en el camino hacia la igualdad», reivindica Carlos.